



CRÓNICA DE LA LUPITA EN BANGKOK

El ir y venir de la gente parece agitarse conforme la mañana comienza. Es muy temprano y varios trabajadores cambian de turno. Espero mi vuelo durante ocho horas. En el aeropuerto de Francfort comienzo a escribir estas notas acerca de mi viaje a Tailandia. Estoy contento de haber conocido un país que desde hace mucho quería visitar.

Aunque sólo conocí Chiang Mai, Ayutthaya y Bangkok, mi estancia en Tailandia fue inolvidable. Uno no deja de sorprenderse en esta última ciudad. Sus contrastes, sus olores y el infinito pulular de gente de todas partes del mundo por sus calles, canales, metros, mercados y hasta su zona roja es algo peculiar. Cultura milenaria y modernidad, diversidad y tradición conviven con asombrosa armonía en Bangkok.

Desde temprana hora comienza el constante movimiento en la columna vertebral de Bangkok, por lo menos en lo que se refiere al transporte, el río Cha Phraya. Por todos lados (a lo largo y ancho del río) el ajetreo de gente (de todos los rincones del mundo) no da punto de reposo. Lo mismo sucede con los mercados.

Por ejemplo, el de Siam, centro de Bangkok, que opera como mercado nocturno (17 horas- 5 de la mañana). En este lugar se ofrece desde productos manufacturados hasta carne humana (el área de prostitución se encuentra integrada).

Se respira aire de libertad en este país. Tailandia nunca fue conquistada plenamente por los países colonialistas lo que resulta agradable (no fue una colonia en estricto sentido como sus vecinos). Su constante progreso, además de motivador, es elocuente considerando que es todavía un país subdesarrollado, pero que emerge con fuerza y seguridad (sin las máscaras que torturan y acongojan a los mexicanos, como excelentemente describió Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*). Ojalá mis paisanos vieran esto.

Sin embargo, el crecimiento económico del país aún no alcanza a todos ni para todos. Como el Dios Jano de los griegos, Tailandia (al igual que México) tiene dos caras. Una es la del progreso, la otra de pobreza. Junto a grandes edificios (torres le llaman los tailandeses) crecen a sus pies pequeñas casas de láminas que forman barrios y barrios completos. La pobreza, esa pobreza, que la mano esclerótica del mercado no puede



enfrentar con eficiencia, sigue ahí recordando a los seres humanos que algo debemos hacer, no sólo por generosidad, sino también por viabilidad de nuestro futuro común.

Así, en los mercados donde todo se comercia, está presente al que no sólo le falta una pierna, sino también una silla de ruedas para paliar su desventaja. Va por la vida arrastrándose, solicitando la caridad y la generosidad humanas —que debo decir— en Tailandia es muy pródiga.

En el tren de Chiang Mai a Bangkok, se sientan en mi mesa del restaurante dos jóvenes tailandeses. Están bebiendo *whiskey* nacional (bebida de la cual los tai se sienten muy orgullosos)... y han bebido mucho. En la otra mesa convive con cierta simpleza un grupo de británicos, que parece ser de la clase obrera (lo que hace un país desarrollado: hasta los asalariados pueden hacer viajes internacionales). Mis inesperados nuevos invitados y yo comenzamos una plática muy surrealista (a base de señas y un poco de palabras), pues su inglés no es muy fluido ni amplio, y mi tai es simplemente inexistente.

El padre del menor de mis dos nuevos amigos vive en Los Ángeles. En medio de su ya casi majestuosa borrachera (segúan bebiendo en el tren), dice en un español bastante bueno: “El pueblo unido jamás será vencido.” Fue a visitar a su papá en marzo y participó en la marcha pro-inmigración en Estados Unidos en 2006. Ahí aprendió la frase de batalla que su padre —quien vivía con siete mexicanos— repetía en su demanda

social. Sin embargo, no había dicho lo peor (¿o será lo mejor?). Con sus dos brazos hacia arriba, me dice, casi gritando: “Viva Tailandia, cabrones.” Me congratula su alegría. Lamento que no pueda hablar su idioma para entablar una mejor comunicación.

Aparte de lo bello que es este país de tradición y modernidad, su crecimiento económico, cultura milenaria y modernidad, templos budistas, arquitectura muy característica y amabilidad de su gente, Tailandia es graciosa por la vida de sus mercados, elementos que son muy importantes en la cultura mexicana. Los mercados son vida, movimiento, olores, sabores, costumbres, tradiciones y curiosamente también son símbolo de cambio, transformación, diversidad y hasta de globalización.

En el mercado de Chatchuchac (una especie de Tepito tailandés o el equivalente a la zona de Belice) —donde se vende casi cualquier cosa— me encuentro de *shopping* (acostumbro a comprar ropa cuando voy a países considerados baratos). La chica que me atiende sólo habla tai. Así que la negociación de los precios se lleva a cabo por medio de una calculadora (oferente y demandante escriben en ella el precio que está dispuesto pagar o vender). Sin embargo, en esta ocasión, la calculadora está descompuesta.

La negociación se torna compleja debido al idioma. La vendedora y yo no nos entendemos. En el puesto se encuentra una ocasional compradora japonesa, que entiende tai. Al ver nuestras dificultades de comunicación, se convierte

amablemente en nuestra traductora oficial. Así la negociación va de la vendedora tailandesa a la traductora japonesa al comprador mexicano. Es decir del tai al inglés (con una intérprete japonesa). Todo termina en un feliz arreglo.

Un español escucha la conversación/negociación y me pregunta en un inglés poco entendible el precio de lo que acabo de comprar. Por su acento me doy cuenta de su nacionalidad, así que le respondo en castellano. Me pide que le ayude a comprar unas cosas. La negociación se vuelve aún más compleja, pues ahora hay más idiomas involucrados. Dicho en retruécano, la negociación iba de la vendedora tailandesa, a la traductora japonesa, al traductor mexicano, al comprador español y de éste al mexicano, a la japonesa y a la vendedora tailandesa y todos comerciando con tanta intensidad que no se daban punto de reposo.

Visito los puestos de diversa índole, desde ropa hasta muebles, comida, animales, perfumes, antojitos, artículos de electricidad, plomería, plumas, lápices y un *sinfín* de cosas. Entre tantos artículos, tengo un encuentro inesperado con una mexicana célebre, cosmopolita, globalizada y más popular que una diva: La virgen de Guadalupe, una mujer culta y de amplio criterio, no como sus hijos chauvinistas de la izquierda (que se parecen a la india María), ni a sus hijos de la derecha (que entre tanta hipocresía moral se asemejan a la Beba Galván) y muchos menos a su prole priísta (que sus vicios se han vuelto *tics*: hacen trampa hasta en los maratones internacionales).

Sin embargo, el puesto no es de mexicanos (bueno, no del todo). El *stand* representaba la cultura chicana de Los Ángeles. Por ello, el *rap* se escucha sin parar. Sin querer me encontré una muestra de la cultura de los Estados Unidos de *América* en Tailandia. El puesto está lleno de camisetas con la imagen de la virgen de Guadalupe en diferentes estampados y diseños. Ya sea sobre edificios o junto a guitarras de *heavy metal* o como si estuviera pintada en graffiti. Sin embargo, dos imágenes me llaman la atención: una donde mi queridísima Lupita se encuentra con sus manos en forma diferente a lo habitual. En lugar de tenerlas juntas a la altura de su barbilla, en señal de contrición o de estar rezando, tiene

sus manos abiertas, mostrando las palmas. Inmediatamente relacioné esta imagen con el Buda que vi en el *Grand Palace* de Bangkok. Este Buda tiene la particularidad de tener las manos al frente en señal de estar calmando las aguas, justo como estaba nuestra carismática Guadalupe. Me sentí feliz de que nuestra virgen no sólo sea una celebridad globalizada, sino también integrada en otras culturas y modos de pensar.

La otra imagen que me llamó la atención de mi querida Lupita fue una donde se encuentra en el centro de una bandera que tiene barras horizontales (semejando a la de Estados Unidos), pero que en su esquina izquierda no tiene estrellas, sino un águila devorando una serpiente.

Aunque me sentía feliz de encontrarme a esta mexicana, representación de la esencia de este país (bueno, eso es lo que afirma J. Laffaye en *Quetzalcóatl y Guadalupe*), me sentí preocupado. Me dije: qué bueno que tus talibanes hijos de la izquierda (y sus Robespierre tropicales) no andan por aquí. Si te vieran en medio de *rap*, junto a banderas mixtas de México-Estados Unidos, hablando tai e inglés, no me puedo imaginar lo que harían. Como no entienden de globalización, te dirían que eres parte del imperialismo y hasta harían una marcha para que te confesaras laica y atea y enemiga de Elba Esther Gordillo o te declararían espuria. También me sentí aliviado de que no hubiera algún tráfugo de Carlos Abascal y sus ayatolas de la derecha (bucólicos, rancheros). Serían capaces de decirte que estás demasiado erótica para su edad o que has llegado a un grado de enorme masculinización. De los priístas, sólo te recomendaría que no compitieras en ninguna carrera con ellos. Tienen habilidades, como las de San Martín de Porres, de aparecer y desaparecer, y al final ganar. Qué bueno, mi querida Lupita, que estés literalmente en todos lados. Y así me despedí de Tailandia, un país que es tan parecido y tan distinto a México.

JAV

Saúl Vargas (Mérida, México, 1972). Vive en Chetumal y se desempeña como profesor e investigador en la Universidad de Quintana Roo. Es autor del libro *Reforma del Estado. Análisis de las redes de políticas ambiental y forestal en México en un contexto de democratización*. Correo electrónico: savapar@uqroo.mx.